

Exhortación Evangelii Gaudium

La lectura de la Exhortación Evangelii Gaudium es una invitación, según el propio papa Francisco lo indica a que la alegría del Evangelio sea recuperada hoy por todos nosotros. Una invitación firme, ya que el género exhortativo indica persuasión u obligación. Una alegría que tiene que ser compartida y comunicada, ya que “Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza de la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien”. Con estas palabras, sencillas y contundentes abre ya en la pág. 2 Francisco lo que será el hilo conductor de EG, o nos ensimismamos en nuestro individualismo o nos abrimos al otro.

La alegría de Dios que baila, profetizada por Sofonías nos recuerda que es bueno que nos tratemos bien, que no nos privemos de pasar un buen día. Sin embargo, en una de sus habituales metáforas, F. piensa que hay cristianos cuya opción parece ser la Cuaresma sin Pascua.

La alegría diversa del placer, es la de ser amado y la de poder amar, saliendo de nuestra autorreferencialidad para cultivar la amistad social y de la comunidad.

Sabe F. que en este presente, que se apresura a señalar que no es más difícil que otros tiempos, hay dificultades y dolores que, siendo verdaderos pueden actuar como excusas para no abrimos al amor por los otros. Por eso propone algunas cuestiones para reflexionar.

Desde mi lugar de reflexión querría detenerme en el punto 17; apartados e y f: la inclusión social de los pobres y la paz y el diálogo social, que tratará en profundidad en el capítulo 4, aunque en el cap. 2 ya señala los desafíos del mundo actual: una economía de la exclusión que produce una cultura del descarte. No nos cansamos de repetir y F. lo pone en primer plano que el mandamiento de no matar supone no discriminar, no explotar, no maltratar, no torturar, no hambrear, no desaparecer al otro -física o culturalmente- y que o nos podemos quedar tranquilos por el solo hecho de no haber empuñado un arma. Las formas del matar son muchas, todas violentas. La inequidad social produce violencia.

Si bien es cierto que la palabra revelada es la que produce alegría al creyente, F. apela también a la ética: No matarás se convierte así en imperativo de la voluntad. Y el papa nos recuerda de qué modo las corrientes filosóficas, económicas y sociales que son el sustento del individualismo y del egoísmo producen muerte. Nos recuerda la famosa postura del “fin de la historia”, un relato ideologizado de Fukuyama que creyó o deseó que la caída del Muro de Berlín

fuera identificada con el triunfo del capitalismo a nivel mundial. Otra de las teorías que nos acercan al relativismo moral, es la de la posmodernidad, el desencanto, el fin de las ideologías: es decir, la apuesta por hacer sinónimos de hombre e individuo. Estas formas contemporáneas de un individualismo exclusivista no dejan permear la esperanza de un mundo bueno. El individualismo forjado en el concepto de propiedad privada, a la que supedita a la vida misma, desprecia cualquier ética de la solidaridad y de la inclusión. No admite que la persona humana es más allá del tener y que ya desde la antigüedad se plateaba que no todo lo que soy ni todo lo que tengo me es disponible, sino que hay una indisponibilidad de cada uno de nosotros, una inalienabilidad de la vida superior a nuestro deseo y que nos habilita a vivir en comunidad.

Querría detenerme en esta palabra comunidad: la comunidad lleva en su nombre el prefijo *cum* y el sustantivo *munus*. Fácil nos resulta traducir el *cum*; detengámonos por un momento en el significado de *munus* que quiere decir a la vez don y obligación. Lo común del vivir juntos entonces no se puede reducir, como bien explica F. a un contrato. Lo común de la comunidad no se entiende como contrato de propiedad o aún como contrato social: la comunidad implica un don, el de la vida humana y conlleva una obligación para con el otro, única manera de constituirnos como nosotros y salir del individualismo capitalista y posmoderno. El otro más vulnerable nos interpela a quienes aparentemente no lo somos tanto, a movilizarnos hacia él solidariamente.

En el cap. cuarto F. afirma que “el kerygma, el anuncio, tiene un contenido social ineludible”. Entre el anuncio salvador y el amor fraterno hay una continuidad que no podemos desoír: Somos hijos de un padre (y esto vale para todas las culturas) por lo tanto, los seres humanos somos hermanos, vínculo que muchas veces se debilita aún entre los más cercanos. Volviendo a la fraternidad, en las ciudades, en los grandes espacios urbanos, ella se puede visibilizar como justicia: no sólo la justicia de los derechos civiles, sino la justicia social que, y en esto el liderazgo político y el religioso, el liderazgo social como el cultural pueden hacer la diferencia. Obrar con amor y en acto para solidarizarnos con los más pobres, de manera continuada. Promover una cultura de la solidaridad y recordar lo que enseña F: *el tiempo es superior al espacio, por lo cual la solidaridad no debe ser esporádica, sino permanente.*

Del mismo modo, como *el todo es superior a las partes*, tener presente, estar persuadidos de que no hay parte alguna de nosotros que sea descartable o miserable. Mirar al otro pobre, vulnerable como hermano y respetarlo en el trabajo de ayuda solidaria para que la dignidad de la vida sea acompañada también por los bienes de los que todos tenemos derecho a disponer: trabajo, salud, techo, educación. La comunidad es el todo, siempre en movimiento y abierto a la diferencia y a las nuevas generaciones, sin fundamentalismos ni exclusiones que la conviertan en totalitaria, sin razas superiores, sin colores de piel mejores, sin la vanidad de creernos más por haber estudiado una carrera o estar en un lugar gerencial, o ejecutivo. Allí es donde nos probamos la coherencia

entre los principios y la acción.

F. nos exhorta a releer el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Ningún político o intelectual que haya realizado la opción por los pobres lo desconoce, pero volvamos a hacer letra viva de su enseñanza.

Si queremos la paz, debemos incluir a todos los hermanos en un diálogo fructífero en el que las diferencias no se borren ni se alisen, sino que puedan convivir sin violencia. La avaricia y este modelo de capitalismo financiero se apoya en ella, es sorda a las demandas de los más humildes, a sus necesidades, a sus derechos. La injusticia debe irse del corazón de los hombres, pero es una obligación para los creyentes que así sea.

El diálogo es el mejor antídoto contra el egoísmo individual o grupal. No hay excusas para alejar el corazón de la solidaridad. Porque, aún visto desde quienes no son creyentes, la ética de la solidaridad y del diálogo posibilita la comunidad del bien.

La propuesta de F. es renunciar a la fuerza ciega del mercado, a la autonomía absoluta de ellos y a la mano invisible de cuya experiencia nuestro pueblo tiene todavía hoy cicatrices y heridas. El diálogo entre las religiones es un ejemplo que lo ha tenido a Él siempre desde su vocación sacerdotal como impulsor y líder, porque fomenta la paz. Así también F. recupera a la política como voluntad de caridad porque busca el bien común. Quiere que “dejando a salvo la soberanía de las naciones, (se) asegure el bienestar económico de todos los países y no de unos pocos”.

Las nuevas formas de la pobreza, sus más horribles caras son repasadas en esta Exhortación, y F. nos pide que no nos hagamos los distraídos. La distracción era para Kierkegaard un pecado: nos distraemos si somos adictos al trabajo, a la competencia en todas sus formas agresivas, a la ley del más fuerte...pero también si nos reclusamos solamente en nuestros deberes individuales. Si somos buenos docentes, buenas madres, buenos políticos, buenos trabajadores, la comunidad nos convoca a dar de nosotros a nuestros prójimos más despojados: dar tiempo, dar escucha, dar la mano, dar alimento, dar cobijo sin la pretensión de reciprocidad, porque la comunidad es dar lo que no se espera que se pague, dar para que la vida y nuestro mundo se aleje del mal de las guerras, las intolerancias, los fondos buitres.

Dar con alegría para que los conflictos puedan tramitarse en paz. Y para quienes trabajamos con las ideas, no alejarnos de la realidad es una exhortación explícita de Su Santidad. Para finalizar, Francisco nos invita a recordar que el diálogo es *conditio sine qua non* para la paz; y plantea 3 campos de diálogo: con los Estados, el diálogo cultural, que incluye a las ciencias y a las religiones; y el diálogo entre diversas formas de creencias.

El ecumenismo es una forma del diálogo que día a día recupera el ejercicio de la escucha para la paz. F. apela a dejar de lado los fundamentalismos y las persecuciones religiosas para hacer comunidad de creencias, en la atenta escucha del otro, en sus dolores, en sus angustias, en sus

dificultades. El fundamentalismo es otra forma de la violencia, así como el economicismo.

Todo diálogo dice F es una conversación: ida y vuelta de planteos, de escuchas, de aperturas. La paz social, desvelo de F y de quienes trabajan por ella, necesita de la justicia social y de la responsabilidad respetuosa de las diferencias.

La dignidad humana está por encima de cualquier valor. Tanto el diálogo interreligioso como todos las formas de dialogar atenúan la violencia y facilitan que avance en la ciudad el amor por sobre el temor al otro que muchas veces nos inculcan injustamente.

Dra. Ana Zagari

Miembro Fundador de la Cátedra del Diálogo y la Cultura del Encuentro